

XI PREGÓN
DEL
ESTUDIANTE

Jaén, 15 de Marzo de 2003

Por:
Alfonso Gómez Manzanares

“....Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo; “ No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado?. No está aquí. Ha resucitado, mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id y decid a los discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis como, os dijo.....”

Ilma. Sra. Doña Cristina Nestares, Concejala de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Jaén.

Don Francisco Javier Gómez-Quevedo Cano, decimoquinto gobernador de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas.

Don Inocente Cuesta, presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de Jaén

Don Pedro Gómez Quevedo, fundador y primer gobernador de la cofradía.

Miembros de Juntas de Gobierno de distintas cofradías de pasión y gloria de Jaén.

Cofrades de los estudiantes.

Jaeneros de Buen corazón.

Pocos oradores tienen la suerte de tener un presentador que con tanto cariño lo introduzca a un auditorio. Y fruto de ese cariño, que es correspondido por tu presentado, has exagerado méritos y virtudes. Gracias por tus palabras y gracias por aceptar aquella mañana en la puerta de San Andrés mi propuesta. Pues tenías que ser tú quien me presentara. Muchísimas gracias querido Pepe.

Nunca olvidaré ese veintiuno de Noviembre pasado, cuando a través de nuestro querido Gobernador, se me comunicó la decisión de la Junta de gobierno de nombrarme pregonero de mi Cofradía. Es difícil poder expresar la sensación de alegría y de miedo que en décimas de segundo te recorre el pensamiento. Ser nombrado pregonero de tu cofradía es un gran honor y una gran responsabilidad que pocos tenemos, y el orgullo de haberlo sido, seguro que me acompañará toda mi vida. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

He utilizado el adjetivo posesivo “mi”, al referirme a esta maravillosa cofradía. Si, la considero mía, llevo grabados en mi recuerdo imágenes, que como un sueño, me unen a ella. Quizás el primero del que tengo constancia puede estar datado entre los años mil novecientos sesenta y seis o sesenta y siete. Es solo la imagen de un crucificado visto desde un balcón de la calle Maestra, posiblemente desde los balcones de la Peña. Entrañable lugar para muchos de los que aquí estáis esta noche y que no tuve la suerte de conocer. Si era o no nuestro Cristo de las Misericordias nunca lo sabré, pero quiero creer que sí.

Después, ese sueño maravilloso de los tiempos, que el ser humano posee, su memoria histórica, me sitúa en el año mil novecientos setenta y uno. Vivíamos en la Carretera de Granada, en el número ocho, justo enfrente de la cuesta de Belén. Esa noche fría, de Lunes Santo, un grupo de cofrades portaban en sus manos la maravillosa imagen de nuestro Cristo. Bajaban por esa cuesta para devolver el Cristo al convento de Santa Clara. Recuerdo con mucha tristeza las lágrimas de mi madre al ver pasar a aquella comitiva. Se pararon unos instantes y tú, mi querido Pepe, no sé si por aquel entonces eras ya HMH, nos saludaste con un gesto cariñoso con la mano. Sé con certeza la fecha, pues era al año siguiente de la muerte de mi padre, la primera Semana Santa sin él.

El tiempo pasaba, con su inexorable ritmo y suavizando recuerdos y emociones. Yo no faltaba ningún año a la cita de estar en la calle junto a la cofradía, primero acompañado por Dioni, mi tata, ya que mi madre estuvo muchos años sin salir el lunes Santo, y luego solo, cuando por mi edad me dejaban.

Pero cuando de verdad entro a tomar parte activa en el desarrollo de la cofradía fue a partir del año mil novecientos ochenta. En cuaresma de ese año la Junta de gobierno, encabezada por D. José Luis Calatayud Lerma, nos pide, a mi amigo, a mi hermano Emilio Torres y a mí, que organicemos un turno de costaleros. Ese año, por varias razones, se decide el traslado de la cofradía desde la iglesia de Nuestra Señora de Belén y San Roque hasta la Iglesia conventual de la Merced y dado el recorrido más largo se necesitaban dos turnos de costaleros para el trono del Cristo.

Y nos pusimos en marcha. Conseguimos reunir a treinta y tres. Un turno. En aquella época no estaba tan de moda ser costalero. La semana santa en general y la de Jaén en particular no estaban en su mejor momento. Pero a pesar de todo, conseguimos formar a ese grupo.

Y llegó la hora, el gran día de poder compartir, aunque de forma somera, y por un rato, el sufrimiento de Cristo crucificado. Trenita u tres, uno por cada año de Cristo. Y con ímpetu de juventud, todos a una, levantamos con todas nuestras fuerzas al Divino Maestro en su cruz.

Pero no, la cofradía de los estudiantes no podía irse de la Iglesia de Belén sin dejar una marca. Y la dejamos. Desde fuera no calcularon bien la posición del Cristo con respecto al arco que separa la nave central de la lateral derecha, según se mira desde la entrada. Y con la fuerza de la primera “levantá”, clavamos la perinola del remate superior de la cruz en el techo. Pueden imaginarse el estruendo que un golpe seco de esa intensidad produce debajo de un trono. “Nos lo hemos cargado”, fue el pensamiento, que junto con voces desde fuera, pasaba por nuestras cabezas. Pero todo quedó ahí. La perinola del remate superior de la cruz siempre estuvo torcida, hasta que la quitaron. Y en la Iglesia de Nuestra Señora de Belén y San Roque quedó durante muchos años, entre la primera y segunda columna de la derecha, según se entra, el mudo recuerdo. Un orificio en la escayola del techo, de unos cinco centímetros de diámetro, hasta que lo taparon en una de las reformas. ¡Cuántas veces, los hermanos Álamo Berzosa (Don Francisco y Don Guillermo) y otros sacerdotes que les sucedieron, nos recordarían al mirar el susodicho boquete!.

Pero volvamos a esa tarde de Lunes Santo de mil novecientos ochenta. Ese grupo, con una media de edad de dieciséis años, llevó su Cristo hasta la plaza de las palmeras, hasta la puerta de hacienda, que era el lugar convenido. ¡Lo habíamos hecho, ya éramos costaleros!. Y ese gusanillo, que se te mete en el cuerpo, que te hace querer volver, por el que deseas que pase otro año, para que todo vuelva a empezar, que el turno sea más largo y más difícil, que no llegue nunca el punto de relevo, nos picó a todos. Ese gusanillo, los cristianos lo llamamos fe y cuando termina el turno, esa devoción a nuestra imagen titular nos hace que del corazón del costalero salga esta plegaria:

Gracias, Cristo de la Misericordia
por haberme permitido compartir,
por un breve instante tu sufrir,
tu amor, tu pasión y tu elegancia

Haz que mi pequeño esfuerzo
haya sido luz y guía para los demás,
que tu paso por las calles sea rezo
que disperse tu gran generosidad,
que tu mirada desde la cruz sea beso

para este, nuestro valle de lágrimas.

Déjame volver en años venideros
dame fuerzas para que así sea,
que llevarte por las calles de Jaén pueda,
y que orgulloso me sienta
al compartir tu dolor.
Que tu cruz me abra el corazón
y pueda ser manantial de amor.

Y, gracias a Dios, volvimos y año tras año nos fuimos formando como cofrades y como costaleros, enseñando a los que llegaban, atraídos por el espíritu de nuestra cofradía. También animábamos a novias, el que la tuviera, amigas y hermanas a que nos acompañaran en la estación de penitencia vestidas con la preciosa mantilla española. Las niñas de mantilla. No hay prenda que más realce la belleza de la mujer en general y la jaenera en particular que la mantilla. Mantillas que en la mayoría de los casos son centenarias y que se han heredado, como precioso tesoro, en la familia generación tras generación, junto con el arte de saber colocarla.

Niñas de mantilla, que con gran ilusión y con más nerviosismo, casi no comen ese día, para estar preparadas a la hora en punto. Y sus madres, algunas de las cuales estáis aquí hoy, más nerviosas si cabe, al verse reflejadas en ellas. Al ver que la ilusión, que un día tuvisteis, la tienen ahora vuestras hijas. ¡Qué horas tan intensas se vive en una casa de una mantilla el día de la procesión!.

“Que si me queda corta, que si me queda larga”. “Que esos pendientes no me gustan”. “Pues eran de tu abuela y ya quisieran algunas tenerlos”. “Con esos tacones, vas a estar rendida cuando llegues a la Carrera”. “Mamá, si son los que se llevan”. “Ten cuidado y no te quemes la mantilla que tiene más de cien años y era de mi bisabuela”. “Si en la plaza de las Palmeras hace aire, te la coges y así no te tira de la peina”. “Mamá no seas cansina que ya es la hora”. “Hija, deja que te vea, que vas guapísima”. Y al fin, y casi con el tiempo justo, sale de la casa dispuesta a acompañar a la Señora del Cielo.

Y en el pensamiento de su madre queda el recuerdo de los años en que esta escena se repetía cambiando los personajes, la madre era hija y la

abuela era madre. Y un eslabón más de la cadena se ha añadido a la vida de la cofradía.

Niñas de mantilla que como rosario de cuentas negras, de cuentas de azabache, preceden el caminar lento y pausado de la Madre. Acompañan su llanto por la muerte de su hijo-redentor. Niñas de mantilla que muy bien podrían decir esta oración:

Madre de las Lágrimas
deja que te acompañe
en tu triste caminar,
en tu lloroso y triste andar,
por el hijo que ha muerto

Que el negro de mi velo
se transforme en azul de cielo
la noche de pascua,
al unirse con el resplandor de la vida.

Madre de las Lágrimas,
pañuelo tuyo quiero ser
para estar siempre en tus manos,
para enjugar tus lágrimas
y hacerlas parte de mí
y así, mi vida sea
una junto a ti.

Madre de las Lágrimas,
reina de Jaén,
trono de sabiduría,
inmensa dulzura,
bondad infinita,
eres amor y eres luz
eres hermosura
eres madre,
eres humildad y grandeza
eres la reina del cielo.

Y como manto lo llevas
con cientos de estrellas
salidas de jóvenes corazones,
de nobles españoles,
de estudiantes soldados,

que rendidos a tus pies
imploran tu protección.

Madre de los estudiantes,
reina de Jaén,
quisiera los tres clavos
cambiar
por hermosas rosas blancas
de amor
que como virtudes cardinales
sean guía y camino de salvación.

Madre de Jaén,
señora de la Merced,
dame una vida para
estar a tus pies.
Protege mi devenir
por este mundo traicionero
y nunca permitas
que me aparte de ti.
Madre de las Lágrimas,
madre mía

Y con las mantillas, todos los años había una especie de competencia por ser la cofradía que más tuviera. En aquella época, casi siempre quedábamos en segundo lugar, pues siempre otra, y siempre la misma, era la que más llevaba. Pero siempre nos quedaba la satisfacción de que las mantillas de los estudiantes eran las más guapas y las más elegantes. No en vano son herederas de aquellas juntas de señoritas que supieron imprimir un sello, un carácter diferenciador a la cofradía. Estilo que hoy día hace que esta nuestra cofradía, sea una de las más serias y lindas que posee Jaén.

Esas juntas de señoritas, que la primera estuvo presidida por Doña Lourdes Nogales Tamayo, y que tuvieron su auge entre los años cincuenta, sesenta y principios de los setenta. No solo acompañaban a su Virgen el día de la procesión. Eran las encargadas de vestirla y adornarla y de mantener en buen estado todos los enseres. Además hacían labor de captación de cofrades y buscaban, aun debajo de las piedras el siempre necesitado dinero que cuesta una cofradía. Y cuando fueron madres supieron transmitir a sus hijos el cariño y la devoción a su virgen de las Lágrimas.

Veo con alegría como en los últimos años se han revitalizado esas juntas de señoritas y se les ha dado un cometido y un lugar importante dentro de la cofradía.

Mientras, seguíamos año tras año, creciendo. Nos hacíamos más hombres y más cofrades. Con la ayuda de Dios, y con la algún cofrade generoso, todos los años sacábamos nuestra procesión a la calle. Llegó un momento en el que éramos tres turnos de costaleros. ¡Qué tardes de Lunes Santo antes de la procesión!

Situarnos en el patio de la Merced. Aproximadamente a las cuatro de la tarde del día más grande para un costalero. Cien estudiantes, cien jóvenes, bueno alguno ya estaba entrado y bien entrado en los cuarenta, con la alegría y la ilusión propias de saber que en breve llevará a su cristo. “Silencio Señores”, se repetía una y mil veces sin que nadie hiciera caso, por supuesto. “Los del primero aquí con Tato, los del segundo allí conmigo y los del tercero, que eran los más veteranos, que se vayan organizando en el patio, que ya vamos”. “Y ¿la pértiga?, ¿Dónde está la pértiga?”. Poco a poco colocábamos los turnos y siempre había que ir al bar del Bollos, enfrente de la Merced, que ese día, y a costa de los estudiantes, hacia la caja del mes, para que al fin midiéramos y colocáramos al tercer turno, que siempre era el más trabajoso. “ Ya sabéis, primer cambio en San Ildefonso y el segundo en hacienda”, “ que no falte nadie”. Y en aquellas, apenas, dos horas habíamos organizado los tres turnos. Otro tanto, y siempre mucho más organizados que nosotros, hacían nuestros hermanos del trono de la Virgen en el piso de arriba.

También por aquella época, se nos ocurrió la idea de darle un sentido más litúrgico al hecho de ser costalero. Pensamos que como comienzo podría estar bien rezar durante un tramo del recorrido. Y sin más, un año, decidimos que en cada turno se rezara un rosario completo. Había que buscar un trozo de recorrido que no tuviera mucha dificultad y que por lo tanto no tuviera el frabricano que dar muchas órdenes que distrajeran la oración. En mi turno, el primero, pues siempre he estado en ese, decidimos que la calle Maestra era la más apropiada, pues es casi recta y salvo pequeñas correcciones, el trono anda solo. Y desde entonces, y ya han pasado unos quince años, cuando el fabricano emboca el trono nuestro Cristo en la mencionada calle, dejando a la izquierda el cine Darymelia y este maravilloso palacio donde nos encontramos, justo al terminar la bajada

por la calle Madre de Dios, la banda deja de tocar y solo se oye el tambor que marca el paso.

Comenzamos, en ese momento, con el rezo del Santo Rosario y siempre y por tradición, nuestro hermano, cofrade y costalero, Ezequiel Calatayud lo dirige y tan calculada está la distancia, que al llegar a la puerta de tejidos el Carmen, frente al tradicional y cofrade “Restaurante Manila”, un “Viva el Cristo de los estudiantes “ sale de su garganta y es coreado al unísono por todos y la banda acompañante rompe a tocar la marcha de turno, cuando el trono empieza a caminar ya por la plaza de Santa María y el primer templo de Jaén nos recibe a esas horas de la tarde, reflejando un maravilloso sol de primavera.

No íbamos tan descaminados por aquellos años. El rezo del Santo Rosario según dice el teólogo dominico Ennio Staid, especialista en temas marianos:

“.. es un camino fácil y sencillo para volver a descubrir la oración que alimenta la fe, pues nos ofrece la posibilidad de contemplar toda la historia de la salvación. Refleja la primitiva predicación de la fe. Es la contemplación del misterio de Cristo junto a María”.

Y para promover aun más su difusión y rezo por todo el mundo, este año ha sido declarado por Su Santidad el Papa Juan Pablo II como año internacional del Santo Rosario y ha publicado una Carta Apostólica, la “*Rosarium Virginis Mariae*”, que en su última parte dice que el Santo Rosario es una oración para la familia que puede encontrar en ella un momento de unidad y reflexión común. Esto se puede extrapolar a las cofradías que pueden y deben promover el rezo del Santo Rosario entre sus hermanos como forma de hacer hermandad.

Pero yo sigo con mi historia. Año arriba o año abajo, perdónenme el baile de cifras, en unas elecciones nos incluyeron en la junta de gobierno a mi amigo Emilio Torres y a mí, como responsables de los costaleros. Corrían los años ochenta y por aquel entonces era gobernador Don Modesto Martínez Elías Y eso hicimos durante muchos años hasta que por el normal y propio relevo generacional otros vinieron y se hicieron cargo de dicha misión. Otras personas que con nuevas ideas y con nuevos métodos siguieron el camino marcado por los que nos precedieron y indicaran la dirección a los que les sucedan, pero a todos les unirá el espíritu costalero y el espíritu de la cofradía.

Como todos saben los años ochenta en España fueron años de cambio, no solo en el ámbito político sino en el ámbito social. La secularización de la sociedad hizo mella evidente en las cofradías. Y claro está la nuestra no fue menos. Año tras año descendía el número de costaleros y de nazarenos, no es que seamos una hermandad que tradicionalmente saque muchos nazarenos ala calle, pero es que hubo algún año en el que se podían contar con los dedos de la mano. Eso nos obligó a reducir a dos los turnos de costaleros. Seguíamos los que de verdad sentíamos la cofradía. Los que la llevábamos dentro. Los que no éramos cofrades de alubión. Pero la sociedad secularizada por los cambios políticos de aquellos años, pesaba mucho y la cofradía de los Estudiantes entró en bache. Tanto económico como de ideas. La cosa no parecía ir por buen camino.

Pero sabio es el refrán castellano que dice “ que Dios aprieta pero no ahoga”. Y cuando la cosa estaba peor, cuando creo que la cofradía tenía una deuda de varios millones, no recuerdo ahora la cantidad exacta y tampoco es importante. Cuando el cansancio y el desanimo, empezaban a hacer mella en una junta de gobierno abrumada por los problemas, sucedió, lo que yo llamo y hoy es la primera vez que lo hago público, asumiendo las críticas que me vengan, si es que vienen, la Refundación de la Cofradía.

El sol del atardecer entraba por las ventanas de una de las aulas, la última de la izquierda del piso de la izquierda, de la academia de enseñanza de don José Lozano en la calle Sagrada Familia, se veían las tapias de la casa cuartel de la gloriosa guardia civil. Sería por la primavera del año mil novecientos noventa.

Habíamos sido convocados un grupo de cofrades de los estudiantes, comprometidos y entusiastas con la cofradía y deseosos de que saliera de esa situación, que ninguno hubiera deseado nunca. Y fuimos convocados por una persona que sin duda ninguna ha dedicado, y sigue dedicando muchas horas de su vida a esta cofradía. Un hombre que a pesar de su merecida jubilación sigue teniendo el corazón y el alma de estudiante. Y que siempre ha estado y seguro que siempre estará donde su amada cofradía de los estudiantes le pida. Me refiero como ya se pueden imaginar a don José Lozano de la Torre, a Pepe Lozano.

En aquel momento decidió que la cofradía tenía que seguir adelante. No se podía perder todo el trabajo que hasta la fecha se había hecho. No se podían perder las ilusiones de tantas personas, los sueños de tantos jóvenes de Jaén y de fuera de Jaén. La cofradía de los estudiantes debería seguir.

Y por su cuenta y riesgo hizo aquella convocatoria. Él supo a quien llamar. Supo que los llamados no le darían la espalda. Y así fue. Allí nos encontramos esa tarde de primavera, reunidos en un aula y sentados en unos pupitres ¿algo más estudiantil?.

No recuerdo con exactitud cuantos éramos. Calculo que seríamos unos veinte o veinticinco. Había de todas las edades. Creo que los más jóvenes éramos Tato Torres y yo. No me atrevo a nombrar a más gente porque seguro que se me olvida alguien y nada más lejos de mi intención que ese olvido.

Durante las dos o tres horas que duró aquella reunión, se explicó el estado real de la Cofradía. El vacío de poder existente en ese momento. Las necesidades más inmediatas y los proyectos que, a corto y medio plazo, eran imprescindibles. También, como no, la deuda que en esos momentos tenía la cofradía, que sin duda era lo más urgente. Acordamos que todos los asistentes a esa reunión y varios cofrades más, pagaríamos una cuota mensual extra, según las posibilidades de cada uno, para intentar sanear la tesorería. Cuota que estuvimos pagando hasta que la junta de gobierno de turno decidió que se cortara.

Desde esa tarde una comisión que no constaba en ningún sitio, lo que hoy llamaríamos una comisión gestora, dirigiría el rumbo de Los Estudiantes, hasta que se convocaron unas elecciones en las que fue elegido Don Francisco Latorre Díaz como gobernador. Al que quiero llamar el gobernador de la nueva cofradía.

A partir de él la cofradía comenzó a crecer en todos los aspectos que debe progresar una hermandad. Crecimos en seriedad, en respeto, en religiosidad. En sus mandatos se sentaron las bases necesarias para el engrandecimiento de nuestra querida cofradía. No cabe ninguna duda en el cariño y la dedicación con que llevó a cabo sus mandatos. Y ese amor tan grande que le tiene a Nuestra Señora de las Lagrimas. Fue el primer gobernador que lució el escapulario, de la Agrupación de Cofradías con el traje de estatutos de la sección de la Virgen. Y cuantas veces se lo quitaba, el escapulario, para ponerse delante del trono de la reina de Jaén, ese trono que se empeñó que fuera el palio más bonito de las vírgenes de Jaén, y si no lo es, no tiene nada que envidiarle a los demás.

Tuvo la suerte de ser el gobernador de cincuenta aniversario. Año de celebraciones y de asentamiento de la cofradía entre las primeras de Jaén. Creo que ese año se consolidó la refundación. Una refundación que

revalidó, confirmó y persiguió los mismos ideales y las mismas inquietudes de ese grupo de estudiantes que en mil novecientos cuarenta y seis tuvieron la genial idea de fundar esta maravillosa cofradía. Una refundación sin rupturas y basada en la continuidad. Gobernador del cincuentenario y gobernador de la continuidad. ¡Qué gran honor para un cofrade!

¡Pero, cuantos sin sabores y desavenencias te costó el cargo!. Ya se sabe el cargo es una carga, pero la ayuda de Dios la hace más llevadera. Al final el tiempo te dio la razón. Ese era el camino, Paco. Personalmente nunca olvidaré el cariño con que me recibías los viernes de dolores, cuando tengo costumbre de llegar a mi Jaén para Semana Santa.

Son muchas las cosas que has instituido en esta, nuestra cofradía, la última la de vestir el elegante y sobrio chaqué para este pregón del estudiante. Una vez más, he seguido tu iniciativa y espero que nuestros sucesores lo hagan igual. Y si son señoras que sigan la iniciativa de Doña Maria Teresa García Gómez y vistan la mantilla española. Gracias Paco.

Y le sucedió en el cargo otra muy buena persona, don Martín Hermoso León. De estirpe jaenera y cofrade. Quizás con el que menos trato he tenido, debido a que en su mandato dio la casualidad que por motivos de trabajo, solo estaba en Jaén de viernes de dolores a lunes santo. Volviendo en la mayoría de los años a Fuengirola al terminar mi turno. Durante su mandato se hicieron muchas y buenas cosas para la cofradía, yo como costalero, quiero destacar que él fue el gobernador que puso las bases necesarias para el cambio del trono del Cristo. Hizo lo necesario para que el Cristo de los estudiantes, tenga ahora el trono tan bonito y elegante que tiene. Y creo que es justo de agradecer su actuación anónima, callada y prudente durante la última crisis que por causas que todos saben y no quiero nombrar ha sufrido la cofradía. Y que gracias a esa labor y a la de otros cofrades se solucionó de la mejor forma posible para la cofradía.

Y llegamos a nuestro actual gobernador. No creo que deba ni lo voy a hacer hablar de él. Solo un apunte: sabe gobernar a las duras y a las maduras. Es sin duda con el gobernador que, a pesar de las distancias, más unido estoy. Tenemos en común muchas cosas: nuestros padres fueron gobernadores de esta cofradía, el haber crecido con la cofradía en la familia, el sentirla como algo nuestro y que nos duela desde esa gota de agua que cae en un terciopelo hasta las críticas más airadas. Y tenemos el deseo común de que la cofradía esté siempre esplendorosa en lo material y

en lo espiritual, pues no en vano tenemos, gracias a la formación recibida en el seno de nuestras familias, una profunda y verdadera fe.

Y esta, mis queridos hermanos en Cristo, a grandes rasgos es mi historia en la cofradía, en esta maravillosa e irrepetible cofradía. No entiendo mi vida sin esta cofradía. Y como costalero, que soy, le pido a mi Cristo de las Misericordias que me dé las fuerzas necesarias para poder serlo hasta que un año pueda sacarlo junto a mi hijo, y ese año, si Dios quiere, dejaré de sacarlo y como un hermano de vela lo acompañaré hasta que pueda.

Y también os digo, y sin afán de dorarle la píldora a nadie, que la cofradía de los Estudiantes de Jaén se encuentra en su mejor momento. No es obra de una persona, sino de todos los estudiantes que a lo largo de todos estos años han puesto su ilusión, sus ganas, su trabajo y, porqué no decirlo, su dinero de forma desinteresada, para que cada Lunes Santo la procesión “Los Estudiantes” luzca esplendorosa por las calles de Jaén para mayor gloria y honor de Nuestro Señor Jesús y su augusta madre.

Pero todo no es la estación de penitencia, es importante pero no el final. Las cofradías de Semana Santa en general y esta en particular, no pueden ni deben quedarse en el último tornillo del trono, en la última candelera que se estrena, ni en el fugaz color de las flores que adornarán a los sagrados titulares. Debemos y tenemos que ser misioneros de Cristo en el mundo que nos ha tocado vivir. La semilla que Jesús hizo germinar dentro de nuestro corazón (pues sino hubiese germinado, no estaríamos hoy aquí) ha brotado y es hora que demos el ciento por uno y lancemos grano para que germine en otros corazones.

Los cofrades tenemos que anunciar la Buena Noticia de Jesús al mundo y no solo con la estación de penitencia, sino con una forma de vida y un comportamiento propios de un cristiano comprometido.

Y ahí las juntas de gobierno tienen mucho que hacer. Permítanme que compare el “placet” de un obispo a una nueva junta de gobierno de una hermandad con el envío misionero. Ellos son los que, con la ayuda y cooperación de los demás cofrades, tienen que dar ejemplo de vida cristiana. Y esto que digo no es nuevo. Uno de los documentos del Concilio Vaticano II, concretamente, el decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre el apostolado de los laicos, dice textualmente en el primer párrafo del artículo tercero:

“ Los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que, insertos por el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor. Son consagrados como sacerdocio real y gente santa para ofrecer hostias espirituales por medio de todas sus obras, y para dar testimonio de Cristo en todas las partes del mundo. La caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y se mantiene con los Sacramentos, sobre todo con la Eucaristía ”

Esto se escribió en el año mil novecientos sesenta y cinco, pero pienso que tiene una vigencia absoluta en nuestros días. No hay que ser beatos, en el sentido peyorativo y farisaico de la palabra, sino hombres y mujeres de Cristo, que vivan la santidad, pues ser santos es el fin de todo cristiano, en este mundo en el que todo vale.

¡Pues no!. No vale todo. No señor. Hoy día en que valores como la caridad, la verdad, la honradez, la familia, el respeto a la vida, etc., están tan devaluados o incluso mal vistos, los cofrades debemos dar la cara y mantener el estilo propio de un cristiano. Debemos defender la vida humana desde el mismo momento de la concepción, la indisolubilidad del sacramento del matrimonio, el respeto a la persona sea cual sea su condición. Tenemos que defender a la familia frente a las uniones de hecho y a las parejas del mismo sexo. No pueden tener la misma consideración una familia, sea o no cristiana, que otro tipo de unión. Si se ataca a la familia se ataca a la unidad básica de la sociedad y esta se desmembraría.

Si no se respetan estos valores, que su santidad el Papa está harto de defenderlos en cualquier lugar del mundo, no se tiene cabida en las cofradías. En esta época no nos vale la doble moral. Seamos verdaderos apóstoles de Jesús, demos sentido a las hermandades. Llenémoslas de contenido espiritual, sino estarán abocadas convertirse en algo meramente folclórico y pagano.

Y me alegra ver como, en esta mi cofradía se va caminando y cada año, al recibir la programación para el curso cofrade veo jornadas de formación para nuevos hermanos, días de oración y, como no, Eucaristías que son la máxima oración. La renovación diaria de la muerte y resurrección de Cristo. ¡ No paremos! ¡ Sigamos por ese camino!. ¡Cómo

me gustaría estar todo el año con vosotros y poner mi grano de arena para el buen camino de los estudiantes!.

Y es que tenemos, mis queridos hermanos, la religión más bonita que hay. Sustentada por la resurrección de Jesús, tras su pasión y muerte, y basada en el amor al prójimo.

*“ . amarás a Dios sobre todas las cosa y al prójimo
como a ti mismo.. ”*

En este tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión y de sacrificio no debe ser solo de tristeza. También tiene que tener cabida la Esperanza en que la promesa que hizo Jesús de reconstruir el templo en tres días se cumplirá. Y el sacrificio, tras el que lograremos una conversión interna, dará lugar al tiempo alegre de la Pascua de Resurrección.

Por eso he querido he querido iniciar este pregón con el pasaje del Evangelio que se proclamará la noche de pascua. Sin duda la noche más importante de todo el ciclo litúrgico anual. En la noche de Pascua se produce el triunfo de la Vida sobre la Muerte, de la verdad sobre el pecado, de la Luz sobre las tinieblas.

De la fuerza de Cristo resucitado nos llega la capacidad de regeneración y renovación. Todo empieza a ser nuevo a partir de la Resurrección. Todo huele a primavera a partir de la noche de pascua. Todos estrenamos vestido en la liturgia pascual. Y todos los elementos que se utilizan en la gran Vigilia, el fuego, la luz, el agua, el óleo, el pan y el vino, todo es nuevo y renovador.

La alegría volverá a nuestras iglesias, que otra vez estarán llenas de flores blancas y cánticos que anuncian, junto con repique general de campanas, que Jesús ha resucitado. La alegría se adueña de nuestra vida cristiana. Nuestra religión es alegría con Jesús resucitado. Escribía el profeta Isaías: “ *desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios* ” y en la toma de posesión del nuevo arzobispo de Toledo, D. Antonio Cañizares en un fragmento de su homilía, a propósito del citado versículo y siguiendo a San Pablo decía:

*“Alegraos, alegraos, estad siempre alegres con el
Señor, os lo repito estad siempre alegres. Esta es la
verdadera religión, nuestra religión: el gozo de Dios”*

Pero no hay que olvidar que nosotros no hemos elegido a Dios, es Dios el que nos ha escogido para que seamos testigos suyos, sigamos su ejemplo y para que siempre demos testimonio de su alegría a los demás.

Se lee en el evangelio de san Juan, en el capítulo 15:

“ ... No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca, a fin de que todo lo que pidáis al padre en mi nombre os lo conceda...”

¡ Qué religión tan bonita! Predicando amor. Pido a Dios esta noche, desde esta tribuna, que cambie el corazón de los hombres, que los haga recapacitar, que se acaben de una vez las guerras, que en el mundo hay más de una. Que cese la violencia de cualquier genero. Que este precioso mundo es muy grande, que hay sitio para todos. Que nos respetemos y nos amemos como hermanos en Cristo que somos, como Él quería. Y que podamos cumplir el deseo que San Francisco de Asís decía en su bonita oración:

*“Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa ponga yo perdón...”*

Y hablando de este impresionante santo, al que aprendí a amar durante mi estancia durante cinco años, en el Colegio Mayor, que la orden franciscana tiene en Granada, obligado recuerdo, lleno de agradecimiento, tiene que ser sin duda para nuestras monjas.

Para esa comunidad de madres Franciscanas que en su día dieron su aceptación a un grupo de jóvenes, que les propusieron la maravillosa locura de formar una cofradía y como el que no quiere la cosa, de paso, que le prestaran la imagen de su magnifico crucificado para sacarlo a la calle en procesión. Orden religiosa que sufrió entre algunas de sus componentes los desastres y agravios en la Guerra Civil, llevando hasta los extremos del martirio, concretamente la abadesa del convento de Martos, su fe en Cristo. Ellas que con su oración constante tienen a sus estudiantes, a sus niños, en el recuerdo. Ellas que pasan los días en los que su cristo no está en el convento con una mezcla de tristeza y a la vez de satisfacción. Tristeza de

no tenerlo en casa y satisfacción de que su Cristo está haciendo apostolado fuera de la misma.

Seguro que al oír el volteo de las campanas de la Merced que indican la salida de la estación penitencial, comienzan ellas la suya en particular, hasta que de nuevo al inicio del martes santo, vuelven a sonar, indicando que la procesión está entrando a la iglesia de la Merced. Pero será a primeras horas de la tarde del martes santo, cuando una única y humilde campana, la del Real Convento de Santa Clara, anuncie que el Jesús de las Misericordias ha vuelto a su casa. Y todas ellas con un único pensamiento en su corazón dicen: “gracias a Dios ya está aquí”. Y ese día aunque, envuelto en el tiempo de pasión, es sin duda de alegría para nuestras monjas de Santa Clara.

Siempre les deberemos ese agradecimiento filial. Y aunque la cofradía esta inmersa en una parroquia, y a ella se debe, nunca debemos olvidar, más aun, debemos favorecer el vinculo de unión con esa institución pues fue la raíz de esta maravillosa e irrepetible cofradía de los estudiantes.

Y finalizando este pregón, permitid a vuestro humilde pregonero, que use el atril que le habéis cedido esta noche, para dedicar este pregón a una persona, a un cofrade de los estudiantes que me ha servido de modelo y guía toda mi vida. A un hombre bueno. A un hombre que día a día me aconseja y me enseña y que gozando de la presencia infinita de Dios, intercede por todos nosotros. A mi padre.

Y que al no estar, físicamente hoy con nosotros, pues sé que está espiritualmente, quiero que seas tú, mamá, la que recibas en su nombre esta ofrenda. Pues sin él y sobre todo sin ti, hoy no estaría aquí.

En la soledad de la esposa viuda has sabido guiarnos por el buen camino, nos has educado, te has sacrificado por nuestros estudios y nos has enseñado a amar a Dios y a esta, tu cofradía. Puedes estar orgullosa pues has sido y eres una buena madre. Y queda tranquila pues la vida sigue. Y siguiendo el modelo vivido en casa, tus tres nietos, tres tesoros de Dios, conocen a Jesús y sienten esta cofradía como suya. En parte por la labor diaria y callada de esa maravillosa mujer que Dios me ha dado. Que sin ser de Jaén, aunque la mitad de su sangre es jaenera, siente a los estudiantes como algo suyo, no entiende la Semana Santa sin venir a Jaén y más de una túnica ha hecho ya. Gracias a las dos.

Y no quiere este humilde orador terminar,
sin hacer el encargo
para el que elegido fue

Pregonar a los jaeneros de oración,
a los jiennenses de vocación,
al que sin en Jaén nacer,
en Jaén vive.

Anunciar a mi Jaén bendito,
a mi Jaén siempre recordado,
al Jaén que me vio nacer,
al Jaén de la Virgen de la Capilla,
al Jaén que siempre quiero volver.

A ese Jaén desconocido
y maravilloso,
a esa ciudad monumental
y embrujada,
al Jaén de las tres morillas,
al Jaén árabe y cristiano
de Santa Catalina, su castillo.
Al Jaén plateresco de la catedral.

Al Jaén de mi niñez
en San Agustín
y al de mi adolescencia
en los maristas.

Al Jaén de las lumbres,
con rosetas y melenchón.
Al Jaén de una pastira,
guapa y rumbosa.

Al Jaén de mi parroquia,
pues de San Ildefonso soy,
allí me bautizaron

y me confirmaron.

Al Jaén de hoy,
bonito y bonito,
alegre y nuevo,
antiguo y remozado.

al Jaén que siempre,
en mi alma, llevo.
al Jaén que añorado
recuerdo

A nuestro Jaén
y a los que lo quieren.

Que esta Santa Cuaresma
terminará
con la más luminosa y grande
de las noches.

Que Jesús resucitará,
y pascua florida será.

Pero antes, y sin que a nadie
se le olvide, en Semana Santa,
el Lunes,
en Jaén ,
¡salen los estudiantes!.

He dicho.